

es talismán y brújula en su acción. Y sale adelante; porque ella, el hombre amado y el hijo que los une llegan a respirar el aire de la felicidad. Alguien dice en la novela: Todo es obra de Ana, porque ella hubiera sido capaz de dirigir una fábrica o un banco. —M. R.

<https://doi.org/10.29393/At252-205CYLD10205>

LA CAÁ YARÍ. Novela de *Alejandro Magrasi*. Losada, Buenos Aires, 1946.

Casi todas las novelas de la selva tropical, se han hecho famosas, tal vez, aparte de sus méritos literarios, por el enorme relieve que adquiere el tema desarrollado siempre en un escenario de trágico esfuerzo, como una epopeya mil veces realizada y mil veces también ignorada; porque el hombre sin ser héroe tiene actitudes que lo hacen o permiten parangonarse con tipos de esa calidad.

Pero el egoísmo humano por un lado, y, la ferocidad de una naturaleza cruel por el otro, envuelven allí al ser humano, lo succionan, lo estrujan hasta lo infinito y cuando éste ya no es nada más que un pelele, nada más que un pingajo, lo arrojan sin gloria al pudridero, o a la nada, que viene a ser lo mismo.

Es lo que ocurre con los personajes de esta novela.

La Caá Yarí, es una deidad selvática cuyo culto se observa según Magrasi, el autor de este intenso relato, allá en los yerbales de Misiones, en el norte argentino. Según la leyenda, Yarí era una india morena, que se había enamorado de un «caraí», o sea de un indio poderoso que se ocupaba todo el día en derribar árboles, en vencer a las fieras y en hacer mil trabajos tan terribles como esos. Y cuando llegaba donde Yarí estaba fatigado, no tenía deseos de nada, ni siquiera de acariciar a su esposa que ardía de deseos de gozar del ímpetu amoroso de ese hombre tan fuerte:

—Yurú pité—dame un beso, le decía a su compañero en el insinuante idioma guaraní. Pero el hombre estaba fatigado, sólo tenía deseos de dormir y entonces ella insistía:

—¡Che ro jhaij —Yo te quiero,—gemía la cuitada viendo que sus encantos eran desdeñados por el hombre amado. Mas todo era en vano, porque éste poseído por tan terrible fatiga no respondía a sus requerimientos. Hasta que ella recurrió a Tupá el dios poderoso, quien tal vez condolido de que su belleza se siguiera perdiendo, le prometió ayudarla. Y entonces cuando Caá, se marchaba a la selva a realizar sus tremendos trabajos no necesitaba tanto esfuerzo para ello. Volvía descansado y entonces podía atender a los ardientes anhelos amorosos de Yará. Tuvieron muchos hijos y fueron modelo de matrimonio. Tanto que el dios Tupá cuando ellos murieron, formó con los cuerpos de los dos, el de una maravillosa mujer rubia, que fué la Caá Yará, que de repente aparecía en la selva para entregarse al mensú, o sea al trabajador de los yerbales, que es designado con ese nombre, no sabemos por qué razón.

Valiéndose, en parte del mito de la Caá Yará, el novelista Alejandro Magrassi, nos cuenta la desgarradora historia del mensú, Viriato Medina, desde aquel día fatal en que el enganchador o «conchabador», marrullero y canalla, lo embrolla y enreda para que vaya a trabajar a los Yerbales de la Matera de Alto Grande. Como en «La Vorágine», como en «La Selva» de Ferreira de Castro, como en «Zafra» de Abgvar Bastos, se describe aquí en esta novela, todo la vía crucis de esos pobres trabajadores, explotados y envilecidos por el capitalismo y por la crueldad del hombre, que aniquila al más débil sin consideración. La selva, por un lado, las bestias feroces, el clima, una tétrica isla donde existe un leprosario, todo se une para acabar con aquel robusto mensú, que un día lleno de ilusiones va a trabajar a los yerbales donde cree que se podrá aprovisionar de unos

pesos con los cuales volver a donde su «cuñá» o sea donde la mujer que lo espera allá en el pueblo donde antes vivía.

Es un terrible drama, el que viven todos los mensúes o sea los trabajadores que viven bajo el sol abrasador y teniendo a cada instante el peligro de ser víctimas de todas las crueles asechanzas de la selva, el que se cuenta en esta novela de Alejandro Magrassi.—LUIS DURAND.